

## **Para Boaventura, amigo y teórico de retaguardia**

César Rodríguez Garavito\*

Cuando me preguntan cuándo me decidí por una carrera académica, la imagen que siempre se me viene a la mente es la de aquella noche en un restaurante del norte de Bogotá. Promediaba 1996 y yo acababa de graduarme de la Facultad de Derecho. Hacía unos meses, había tenido la fortuna de ser vinculado por Boaventura Santos y Mauricio García como investigador aprendiz del proyecto “El Caleidoscopio de las Justicias en Colombia”. Cuando entré al proyecto, soñaba con un futuro académico en el campo de la filosofía jurídica y la teoría constitucional.

Pero Boaventura, a quien apenas conocía, me cambió el rumbo con su pregunta indiscreta en aquella cena con el joven equipo del proyecto. Después de escuchar con atención la versión resumida de mi sueño, me interrogó: “¿entonces te vas a pasar el resto de la vida siendo comentarista de Habermas y de los filósofos del derecho extranjeros?”

Lo que no decía la pregunta y aprendí a lo largo de los siguientes años, en conversaciones entrañables con Boaventura, es que había otra opción: abrir los ojos al mundo que estaba alrededor, estudiarlo empíricamente y tratar de desarrollar teorías críticas desde la realidad del Sur global, en diálogo con lo mejor que se hace en las ciencias sociales, el derecho y la teoría social alrededor del mundo.

Desde entonces, la amistad y el apoyo incondicionales de Boa han estado conmigo todo el camino, y nos han llevado a varias aventuras intelectuales conjuntas. De las muchas cosas que he aprendido de Boa, hay dos que me gustaría compartir en esta celebración de su trayectoria profesional. De un lado, he visto de primera mano que el trabajo intelectual más creativo y sólido, como el que hace Boaventura, requiere tener un pie fuera de la torre de marfil de la academia, para participar en los debates y las luchas que son las razones que justifican y mantienen la energía de la producción académica. De otro lado, he aprendido que para darle la talla a la realidad de la globalización, el trabajo intelectual debe ser

---

\* Palabras pronunciadas en el acto de entrega del Premio Sócrates a Boaventura de Sousa Santos. Bogotá, Facultad de Derecho, Universidad de los Andes, 1 de febrero de 2012.

transnacional y cosmopolita.

Dado que, como veremos, Boaventura ha traducido estas ideas en una forma de hacer ciencia, las muchas conversaciones que me han enseñado estas lecciones han tenido lugar en lugares muy distintos: desde una frenética sala de emergencias en un hospital de Bogotá hasta un sereno *college* de Oxford, pasando por páneces memorables que hemos organizado en Budapest, Guadalajara o Berlín, o conversaciones con líderes sociales en el Foro Social Mundial en Porto Alegre, o comidas familiares que compartimos en Madison.

Ahora que me ha llegado el turno de guiar a jóvenes investigadores y activistas, el ejemplo de Boaventura sigue siendo la guía más certera en los momentos de duda. Como ellos y ellas no han tenido la fortuna que tuve yo de ver a Boa trabajando, quisiera dedicar el resto de estas breves líneas a contarles lo que creo que es lo esencial de la labor de Boa: la forma tan original como difícil que ha inventado de interpretar y cambiar el mundo al mismo tiempo\*\*. Espero que así las generaciones que vienen detrás puedan tener al menos indirectamente la inspiración que me ha alentado desde aquella noche bogotana hace ya 16 años.

¿Cómo logra Boaventura un pensamiento que a la vez produce innovaciones teóricas profundas y resulta claramente pertinente para los sujetos sociales de las prácticas que teoriza? Para al menos rasguñar esta pregunta, lo primero que hay que resaltar es el tipo de pensamiento que propone Boa a lo largo de su obra y, recientemente, en el libro del que extraigo todas las citas tuyas que incluyo en este texto (Santos 2010). Se trata de “teorías de retaguardia”, esto es, “trabajos teóricos que acompañan muy de cerca la labor transformadora de los movimientos sociales, cuestionándola, comparándola sincrónica y diacrónicamente, ampliando simbólicamente su dimensión mediante articulaciones, traducciones, alianzas con otros movimientos. Es un trabajo más de artesanía y menos un trabajo de arquitectura. Más un trabajo de testigo implicado y menos de liderazgo clarividente.”

La sola enunciación de la propuesta muestra su novedad y su contraste con la teoría y el trabajo académico convencionales. Resalto apenas cuatro elementos que, a mi

---

\*\* En lo que sigue, retomo en buena parte el prólogo que escribí al libro de Boaventura Santos, *La refundación del Estado en América Latina* (Bogotá: Uniandes y Siglo del Hombre, 2010).

manera de ver, resultan especialmente reveladores del cómo del trabajo de Boaventura. En primer lugar, se trata de un pensamiento elaborado en diálogo genuino con sus sujetos –esto es, con las clases y grupos discriminados y excluidos que componen el Sur global—. En lugar del investigador convencional –para quien la práctica social es un laboratorio al que entra con guantes y que disecciona con el frío bisturí analítico de la ciencia profesional, y del que se retira intocado para nunca volver—, estamos ante un analista dispuesto a escuchar, a aprender y enseñar, a regresar. Dispuesto, en fin, a conversar una y otra vez con las personas y las colectividades para las cuales esas prácticas no son un laboratorio, sino su vida.

De ahí que Boaventura defina las teorías de retaguardia como formas de acompañamiento: se trata de pensar *con*, en lugar de pensar *sobre*. De ahí también que insista en que uno de los presupuestos de la epistemología del Sur sea la ecología de saberes: un diálogo horizontal entre conocimientos diversos, incluyendo el científico, pero también el campesino, el artístico, el indígena, el popular y tantos otros que son descartados por la cuadrícula académica tradicional.

En segundo lugar, las teorías de retaguardia propuestas por Boaventura se basan en la experiencia directa de esos diálogos, en los sitios donde tienen lugar las prácticas y las luchas. Por eso todos sus textos son escritos en medio de trabajo de campo, de largas conversaciones con múltiples interlocutores en diferentes rincones del mundo. Cuando Boa habla de las asambleas constituyentes boliviana y ecuatoriana, o cuando se refiere a la lucha contra el racismo en Brasil o en Colombia, lo hace desde la perspectiva de quien ha estado allí tantas veces, y ha mostrado tal disposición para aprender y aportar, que los locales lo consideran uno de los suyos.

Estamos ante el opuesto del teórico eurocéntrico, el intelectual colonial que, incluso cuando visita esporádicamente en el Sur global, continúa pensando y conversando sólo con el Norte global. Es lo opuesto también a tantos teóricos y científicos sociales latinoamericanos, a quienes les cabe la aguda observación del novelista colombiano Juan Gabriel Vásquez en un premiado ensayo, “El arte de la distorsión” (2009). Comentando un escrito hecho por Alejo Carpentier en 1943 sobre el supuesto exotismo de América Latina, Vásquez lanza el siguiente dardo: “Carpentier ha

utilizado, para escribir su tesis, los ojos de un europeo...De hecho...de tanto pensar América Latina, ha dejado de ser latinoamericano para volverse latinoamericanista” (2009: 34). Boaventura de Sousa Santos, por el contrario, ha dialogado, compartido y vivido tanto en Latinoamérica que muchos ni siquiera saben que nació en Portugal: la mayoría dice que es brasileño, pero podría ser colombiano, boliviano, ecuatoriano, mexicano, cubano.

Un tercer rasgo revelador de las teorías de retaguardia es que son tan intelectuales como emocionales. En los términos propuestos por Boaventura, utilizan la “corriente fría” del pensamiento riguroso, que sistematiza, reflexiona, encuentra conexiones. Pero también surgen de la “corriente cálida” de las emociones, que impulsan a la acción, intuyen lo que viene y apuestan a lo que aún parece inviable. Es una teoría que se hace con los dos hemisferios cerebrales. Y con el cerebro tanto como con los sentidos. Por eso resulta tan creativa y pertinente. Por eso también los lectores y las lectoras dispuestos a hacer el esfuerzo podrán desentrañar en sus libros no sólo los diálogos con personas y textos, sino también las demás materias primas de que se vale: los ritmos y los sonidos de los episodios que estudia, los acentos y los rostros de sus actores, la temperatura del ambiente del momento.

Lo cual nos lleva a un último punto fundamental: el tipo de oficio que implica hacer teoría de retaguardia. Santos lo dice con elocuencia en el pasaje citado. Empezar este tipo de investigación-acción se parece más a la labor del artesano que a la del arquitecto. El proceso es experimental y no tiene como punto de partida (ni de llegada) un modelo analítico ni político acabado. Por ello, valora lo potencial, lo inacabado --es decir, lo que no cabe en las teorías y las ideologías políticas que descartan las propuestas y las prácticas promisorias por no ajustarse a sus planos perfectos de arquitecto—. Por ejemplo, al analizar el constitucionalismo transformador de Bolivia y Ecuador (Santos 2010), el teórico artesano logra, de un lado, valorar la profunda novedad y el potencial transformador de instituciones que desbordan las teorías convencionales (por ejemplo, los derechos colectivos) y, del otro, desentrañar con rigor pero sin cinismo sus tensiones y sus riesgos.

En definitiva, el oficio del teórico de retaguardia tiene afinidad con otros que precisan de una combinación similar de trabajo empírico minucioso, reflexión creativa y empatía y solidaridad con los sujetos con quienes se dialoga. Se me viene a la mente el periodismo de inmersión teorizado por el legendario cronista Ryszard Kapuściński, en un libro cuyo título delata dicha afinidad: *Los cínicos no sirven para este oficio*. Como el trabajo académico de Boaventura, las crónicas de Kapuściński sobre África han sido descritas como un esfuerzo por retratar y pensar el Sur Global “desde adentro y desde abajo” (Kapuściński, 2002: 31), a partir de toda una vida de dialogar y convivir con los sujetos de sus escritos.

Preguntado sobre la relación entre teoría y vivencia en el trabajo intelectual, el cronista polaco sostuvo que “en la comunidad de escritores, se puede hacer una división muy simple entre los escritores que encuentran su inspiración en sí mismos y los que deben ser inspirados por motivos externos. Existen caracteres reflexivos y caracteres que reflejan el mundo” (2002: 120). Hablando sobre su propia obra, dice algo que bien podría suscribir Santos: “En mi caso..., yo reflejo el mundo: tengo que ir al lugar de los hechos para poder escribir. Quedándome en un único sitio, me muero” (*ibid*). Pero el logro de la obra de Boaventura es que son tan vivenciales como reflexivos. Reflexionan sobre el mundo tanto como lo reflejan. Boa, el teórico de retaguardia, es los dos escritores a la vez. De esa magnitud es el reto que nos plantea.

### **Referencias bibliográficas**

- Kapuściński, Ryszard. 2002. *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Madrid: Anagrama.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2010. *La refundación del Estado en América Latina* Bogotá: Uniandes y Siglo del Hombre.
- Vásquez, Juan Gabriel. 2009. “El arte de la distorsión”, en *El arte de la distorsión*. Madrid: Alfaguara, pp. 29-44.